

dorico III al mismo monasterio (1). En Valenciennes á ruegos del abad Bertoaldo de San Dionisio y á propuesta de Carlos, en 1.º de marzo de 723, confirma los fueros y privilegios concedidos á esta iglesia por sus antecesores (2). En Pontegume tiene corte y asamblea para oír quejas y hacer justicia, y legaliza la venta hecha por el ilustre varón Ermenteo, hijo de Norberto, á la iglesia de San Dionisio, siendo abad Godobaldo (723-748), de la hacienda de *Baudrino* (inidentificable) á orillas del Isere en la comarca de Chambly (3), y en 12 de julio de 727 confirma en Gondreville al nuevo monasterio de Murbach á ruegos de su abad Pirmin las propiedades y derechos anteriormente concedidos (4).

Posteriormente al año 727 (respectivamente el 730), ya no figura el rey Teodorico en ningún documento.

En aquel año, 737, pasaron los árabes otra vez el Ródano, y un grupo de nobles de la Provenza, conducidos por Mauronto, se sublevaron contra Carlos Martel, quizás con el pretexto de que éste gobernaba sin rey, y se unieron á los sarracenos, á los cuales entregaron traidoramente la ciudad y el fortísimo castillo de Aviñón (5). Hasta mucho más allá de esta ciudad, subiendo por la cuenca del Ródano, devastaron los moros á sangre y fuego la Borgoña, como igualmente la Aquitania. En particular se dirigió su furor contra los sitios sagrados, los conventos é iglesias: los profanaron y redujeron á cenizas y se llevaron innumerables prisioneros á España (6).

Al tener Carlos noticia de estas desgracias envió las fuerzas armadas más próximas de Borgoña y Neustria á las órdenes de su hermano Hildebrando, hombre enérgico y celoso, con los demás jefes (duques y condes) y toda la impedimenta (7). Hildebrando, hermano de Carlos, era quizás no solamente hijo del mismo padre, sino también de la madre Alfeida, porque la suposición de que ésta fué solamente un año esposa de Pipino es discutible. Lo cierto es que Hildebrando y su hijo Nibelungo fueron fidelísimos á Carlos, y á ellos se debe la continuación (III y IV) de la crónica de Fredigaro y la de los *Gesta Francorum*, desde 736 hasta 752 (8). Antes de llegar Carlos, que conducía probable-

(1) Pertz, núm. 92, Pardessus, II, núm. 518.

(2) Pertz, núm. 93, Pardessus, II, núm. 577.

(3) Norberto es quizás el mismo que fué el hombre de confianza de Pipino. Su hermano se llama Guntario. Pertz, núm. 94; Pardessus, II, núm. 535. El tribunal lo formaban «sus fieles y los próceres.»

(4) Pertz, núm. 95. Este documento es curioso bajo muchos conceptos. Va dirigido, como tantas otras concesiones de inmunidades, para su conocimiento y gobierno, á todos los obispos y altos funcionarios (*inlustres viri*): duques, patricios, condes y demás funcionarios del rey (*agentes*), para que respeten y hagan respetar estas inmunidades: la elección libre del abad; la concesión al monasterio de todas las multas que se impusieron á los súbditos libres del mismo que no cumplieren con la obligación de presentarse con las armas cuando el rey los llamare, pues en principio no estaban exentos de este servicio los libres, hijos de territorios (*ingenui*) pertenecientes á la Iglesia. Estas multas y otras *freda* que correspondían al fisco se conceden al monasterio para sufragar los gastos de alumbrado (cirios, lámparas, etc). A los obispos, y al de la diócesis en particular, se intimaba que no molestaran al monasterio con exigencias de tributos, presentes, alimentación (para sí, sus criados y ganados) ni otras imposiciones, en sus territorios, y que procedan *absque commodi acceptione* al conceder la crisma y los tabula *gradus ecclesie*.

(5) *Fred. cont.*, c. 109. — *Gesta abbatum Fontanellens.*, I, c. p. 281.

(6) *Ado chron. Vienn.*, I, c. II, pág. 310; pero no se citan ni la ciudad de Vienne ni la de Lyon.

(7) *Annal. Til.* y los otros correspondientes al año 737. *Fred. cont.*, c. 109. Hildebrando había recibido de su hermano la hacienda de Pery, cerca de Autun, y tenía por tanto un interés inmediato en la expedición.

(8) *Usque nunc illustre vir Hildebrandus comes avunculus predicti regis Pipini hanc historiam vel Gesta Francorum diligentissime scribi properavit, abhinc ab illustri viro Nibelungo, filio ipsius Hildebrandi itemque comite succedat auctoritas.*

mente las fuerzas de Austrasia, Hildebrando había rechazado á los árabes del llano hasta Aviñón y puesto sitio á esta ciudad y su castillo, que fueron tomados al llegar Carlos con su hueste. Esta vez el cronista describe algo detalladamente la lucha y el asalto, los gritos de guerra, el estridente sonido de los clarines, las máquinas y las cuerdas, los guerreros que suben á las murallas y arrojan teas incendiarias á la ciudad (9). Dueño ya de Aviñón, trató el vencedor de tomar á los infieles á Narbona, su baluarte principal en la Galia, y pasó el Ródano, atravesó el territorio perteneciente antes á los visigodos y que se continuaba llamando *Gothia*, y la Galia Narbonense, y puso sitio á la «celebrísima metrópoli» Narbona. A orillas del río levantó torres circulares dirigidas contra la ciudad á manera de arietes, y que dominaban á la vez el acceso á la misma por tierra y por el río, en el cual no tardó en emplear también embarcaciones, de manera que el gobernador moro Abderraman quedó encerrado con sus guerreros en la ciudad, cercada completamente. Los príncipes y jefes moros de España al saber el peligro reunieron un ejército que con un gran tren de instrumentos de sitio marchó á las órdenes del general Omar-ben-Jalid (10) al socorro de Narbona y de Abderraman, probablemente por mar. Su primera tentativa fué dirigida contra el campamento de Carlos, establecido á orillas del Aude al norte de la ciudad; pero renunciaron pronto á este plan en vista de las obras citadas y resolvieron atacar al enemigo desde el río Berre (Birra) en el Sudoeste. Entonces hizo Carlos lo que otros grandes capitanes en situaciones análogas: manteniendo el estrecho cerco con una parte de sus tropas para rechazar las salidas de los sitiados, arrojóse con el resto, probablemente la mejor parte, contra el ejército de socorro (11). Después de una marcha de siete millas romanas pasó el río Berre, que nace en el monte Corbiere, atraviesa entre Narbona y Leucate el valle de Corbaria y entra en el mar después de formar la gran marisma de Sijeon. Al Sur y junto á la desembocadura del Berre, entre las aldeas actuales de Pontel y Lac y al Sur de un palacio (12), encontró Carlos al enemigo, el cual acorralado contra el mar y el lago ó marisma, sufrió una derrota espantosa, perdiendo á su jefe y un gran número de guerreros que tratando de salvarse por la marisma y llegar al mar se ahogaron ó sucumbieron bajo los proyectiles de los francos. Estos los persiguieron en el agua y hasta en el mar en embarcaciones, hicieron una gran matanza de ellos y se llevaron á su regreso al campamento muchos prisioneros y riquísimo botín (13). Los defensores de Narbona no se rindieron por eso, y Carlos dejando gente que continuara el cerco, regresó atravesando la Gotia á Austrasia, desarmando en el camino las ciudades fuertes, sobre todo Agde, Beziers, Maguelonne y Nimes, quemando sus puertas y derribando sus murallas. No dicen los

(9) *Fred. cont.*, c. 106: Hildebrando y los suyos *præpropere ad eandem urbem pervenientes tentoria instrunt, undique ipsam oppidum et suburbana præoccupant, munitissimam civitatem obsident aciem instrunt, donec insecutus vir belligator Carolus predictam urbem aggreditur, murus circumdat, castra ponit, obsidionem coarctat, in modum Hiericho cum strepitu hostium et sonitu tubarum cum machinis et restium fumibus super muros et ædium moenia irruunt, urbem munitissimam ingredientem succedunt hostes inimicos suos capiunt interficientes trucidant atque posternunt et in suam ditionem efficaciter restitunt.*

(10) Los *Gesta abb. Font.* le llaman *Amormacha*.

(11) *Fred.*, I, c.: *contra quos... C... occurrit super fluvio Birra et valle Corbaria palatio.* — *Chron. Moissiac.*, I, c.: *tunc C. partem exercitus sui ad obsidendam civitatem reliquit, reliquam vero partem sumpta Sarracenis obviam exivit in prelio super Berre fluvio.*

(12) Edificado, según algunos presuman, por el rey godo Ataúlfo; otros creen que es Saint-Gilles. Véanse en Migne las opiniones de Valesio, Alsterra y otros.

(13) *Fred.*, I, c. 109. *Chron. Moissiac.*, I, c. *Annal. Mosell. Lauresham.*

cronistas si estas ciudades estaban ocupadas por tropas moras, cosa improbable, porque Carlos no habría podido avanzar hasta Aviñón y hasta el mar, ni cercar y sitiar esta última ciudad, teniendo á sus espaldas tantas guarniciones enemigas. De suerte que la destrucción de las murallas y puertas no podía tener más objeto que impedir que el enemigo se estableciese en estas ciudades. Por lo demás, sus habitantes debían de inspirar escasa confianza á Carlos y por lo mismo no tuvo empeño, al parecer, en agregar á su imperio aquel país y defenderlo permanentemente contra los árabes, porque retiró también luego las fuerzas que había dejado al rededor de Aviñón, no sin haber destruido todos los castillos y assolado como país enemigo toda la comarca. En Nimes hizo quemar, además de las puertas, lo que tenía de combustible el Circo romano, que había servido ya en muchas ocasiones de ciudadela, como cuando Paulo el faccioso se hizo fuerte en él contra las fuerzas del rey Wamba. Para mejor asegurarse de los habitantes de aquella región llevóse Carlos también rehenes (1).

Razon tenía, pues, Carlos Martel como después Carlomagno, según cuentan las leyendas, para quejarse del ningún reposo que le dejaban sus deberes de gobernante, que tan pronto le llamaban al Este como al Oeste, al Norte como al Sur del imperio franco. Así es que el año siguiente, 738, le encontramos al otro lado del Rhin entre los sajones, que se habían levantado en armas probablemente á consecuencia de los grandes progresos de la obra de Winfrido ó sea San Bonifacio, de la cual hablaremos más adelante al tratar de la Iglesia en especial y de la historia del pueblo sajón. Carlos escarmentó á aquel pueblo duramente á fines del mismo año ó principios de 739; pero apenas hubo restablecido la paz á sangre y fuego, recibió noticia de una nueva irrupción de árabes en la Provenza, donde habían vuelto á ocupar á Arles y devastado todo el país llano, y para mayor desgracia volvió á levantarse también Mauronto con su facción.

Entonces valióse Carlos de la amistad de Liutprando, rey de los longobardos, que era después de Carlos y de San Bonifacio el varón más notable del mundo germánico en aquella época. Ya en 735 había enviado Carlos á su hijo Pipino á Pavia, residencia de Liutprando, para que éste cortase la cabellera al joven, en señal de una especie de prohijamiento que no llegaba á ser adopción, pues que Carlos no repudiaba á su hijo (2). Este uso era, así es permitido suponer, corriente entre longobardos y francos, y quizás más ó menos en los pueblos germánicos en general, como el de tocarse el cabello y la barba al hacer un juramento, y el de rapar la cabeza en señal de esclavitud y servidumbre. Lo que dicen los compiladores Aimoino y el llamado Rorico de Alarico II de haber adoptado á Clodoveo solemnemente por medio del acto simbólico de raparle la barba, no merece mucha fe, bien que pudo ocurrir algo semejante.

Carlos solicitó, pues, el auxilio de Liutprando contra los árabes enviándole, conforme era costumbre, ricos presentes, y encontró al rey longobardo muy dispuesto, porque según se lee en el ya mencionado testamento de Abbo (del 5 de mayo 739) los moros habían penetrado por la vía del monte Cenís en Italia, cometiendo las depredaciones de costumbre, hasta cerca de Turin, y á fines del 738 ó principios de 739

(1) *Chron. Moissiac.*, I, pág. 292. — *Fredig.*, I. De Maguelone queda solo la iglesia en la península del mismo nombre desde que Richelieu hizo derribar, en 1603, las últimas casas, abandonadas ya por los habitantes á causa de las fiebres palúdicas, que allí son endémicas.

(2) Paulo Diácono, VI, 53, dice: *Carolus princeps Francorum Pipinum suum filium ad Liutprandum direxit ut ejus justa morem capellum susciperet qui ejus casariam incidens ei pater effectus est multisque um ditatum regis numeribus genitori remisit.*

habían devastado las comarcas de Susa y Novalesse. Liutprando reunió su hueste y marchó contra los moros, los cuales al saberlo abandonaron el país y el territorio de Arles, de suerte que los longobardos regresaron á sus hogares sin haber hecho uso de sus armas (3). A principios del año 739 presentóse Carlos en la Provenza, á donde le había precedido como la primera vez la hueste conducida por su hermano Hildebrando y los demás jefes. Desde Aviñón sometió todo el país hasta el mar Mediterráneo y llegó hasta Marsella, pero Mauronto se salvó refugiándose en los castillos construidos en islotes peñascosos é inaccesibles (4).

A su regreso de esta campaña en 739 enfermó Carlos en su hacienda de Verberie (Verimbrea), á orillas del Oise, distrito de Senlis (5).

En el mismo año ó quizás en el anterior fué muerto un miembro de la familia arnulfinga por otro de la misma familia, es decir, por orden de Carlos: primer caso conocido de esta clase al cabo de un siglo de figurar esta familia en la historia, cuando los merovingios, semejantes á fieras, no habían hecho más que destrozarse desde Clodoveo. El interfecto esta vez fué Wido, pariente de Carlos y desde 738 abad de los monasterios de Saint Vaast (San-Vedasto), cerca de Arras, y de San Wandrille. Este Wido había recibido de Carlos, como tantos otros prelados francos, las dos abadías por vía de sinecura, porque el tal abad nada tenía de eclesiástico: su ocupación diaria era la caza; su jauría era numerosísima, y él manejaba el arco (6) con maestría y llevaba la espada siempre pendiente del cinturón. Fué acusado de conspirar contra Carlos, no se sabe si en connivencia con Mauronto ni con qué pretexto. Después de ser oído en el tribunal de palacio fué conducido al territorio vermandense, donde la escolta armada le decapitó y enterró, contra la práctica canónica admitida en el imperio franco, que exigía en este caso una sentencia sinodal. Carlos nombró abad de San Wandrille al obispo franco Raginfrido de Ruan con retención de este obispado, al cual había sido elevado por el mismo Carlos desde el estado seglar, infringiendo lo dispuesto por los cánones. Era Raginfrido hombre rudo, ignorante y tan mundano como Wido; pero era padrino de Pipino, hijo de Carlos. Siendo abad procedió sin consultar para nada con los monjes, dejándoles sin tener que comer ni vestir y empleando el dinero en sus fines particulares. Mientras vivió Carlos no se quejaron los monjes, ó si se quejaron no fueron atendidos; pero después Pipino oyó sus quejas, redujo á Raginfrido á su silla episcopal y nombró abad de San Wandrille á Wando, que continuaba internado en el monasterio de San Servacio de Utrecht (7). Esta conducta brutal de Carlos respecto de la provision de prelacias y otros actos en que atropelló las disposiciones de la Iglesia caracterizan su gobierno desde el primer día y le valieron ser relegado después de su muerte al infierno y ser acusado en vida de despojador de la Iglesia. Sin embargo, tales actos son una prueba de gran valor, independencia y mucha confianza en su poder y energía.

Injusta é ingrata fué la Iglesia en condenar á Carlos á las penas eternas del infierno, porque además de rechazar de la Galia á los mahometanos, el mismo San Bonifacio confiesa que el grandioso resultado de su apostolado en Alemania, donde convirtió á 300,000 bárbaros y llegó á crear y organizar la Iglesia cristiana, solo le había sido posible gra-

(3) Paulo Diácono, tomo VI, pág. 54.

(4) *Fredig.*, I, c. — *Annal. Nazar. ad a. 739.* — *Fredig. cont.*, c. 109.

(5) *Fredig.*, I, c. 109.

(6) Los francos no conocían entonces todavía la ballesta.

(7) *Gesta abb. Font.*, c. 12, pág. 285.

cias á la proteccion de Carlos (1). A la muerte de Hukberto, duque de los bávaros, en el año 739, confirmó Carlos la eleccion de su sucesor y pariente Odilo, con cuyo auxilio San Bonifacio, á la vuelta de su viaje á Roma, pudo organizar la Iglesia en Baviera, estableciendo los cuatro obispados de Salzburgo, Freising, Regensburg y Passau. Desde allí pasó en el año 739 á la Turingia (2). A pesar de las arbitrariedades citadas de Carlos, era el adalid y firmísimo auxiliar, el escudo y la espada de la Iglesia, y como tal ocupa uno de los primeros puestos en la historia. Solo á Carlos Martel pudo dirigirse el papa Gregorio III en demanda de auxilio cuando su política terrenal, ya que no su mision apostólica, le habia creado un conflicto con el rey longobardo Liutprando, que le estaba sitiando en Roma. Contra él, pues, solicitó el papa el auxilio de Carlos, ofreciéndole en cambio abandonar á su soberano legítimo, el emperador de Constantinopla, dar á Carlos el consulado de Roma y encargarle la proteccion del sepulcro de San Pedro, cuyas llaves le envió, con otros presentes valiosos. Entonces Carlos Martel pudo haber realizado lo que posteriormente realizó su nieto Carlomagno, á saber: la alianza estrecha con el papado, la creacion del Estado de la Iglesia, la incorporacion del reino longobardo al imperio franco y la creacion de un nuevo imperio de Occidente.

No faltó quien comprendiera entonces vagamente la importancia de semejante embajada del papa, nunca vista antes (3). Para dar una idea de su trascendencia expondremos aquí someramente la situacion política de Italia en cuanto tiene relacion con este suceso, dejando su exposicion detallada para la historia del pueblo longobardo.

Los longobardos, desde su establecimiento en el Nordeste de Italia en el año 568, fijaron sus miradas codiciosas en las ciudades de Rávena y Roma. Mientras en Rávena continuara el exarca bizantino conservando desde allí para su emperador toda la Italia del Sur, la dominacion de los longobardos en la alta Italia no estaba segura, y podia experimentar un día ú otro la suerte de los ostrogodos. Por otra parte Roma, que aun pertenecia al emperador, era el centro de la resistencia de la Italia católica contra los longobardos, en parte todavía gentiles y en su mayoría arrianos. Mas la política de los reyes longobardos no indicaba que comprendiendo esta situacion se hubiesen propuesto seguir sistemáticamente plan alguno, ni era posible tampoco formarlos en medio del frecuente cambio de sus reyes, de la lucha constante contra enemigos exteriores y de los cuidados que exigia el orden interior contra jefes indómitos y poderosos como los duques de Benavente, Espoleto, Friul y Trento.

El concurso de una multitud de circunstancias, como la ausencia del emperador de Oriente, la impotencia del exarca fuera de Rávena, fortaleza marítima inexpugnable, la inteligencia y la virtud de una serie de papas, habia dado al pontificado una autoridad material en Roma y en su territorio que se acercaba mucho al dominio temporal. Los papas, sin auxilio imperial ó poco menos, habian podido determinar más de una vez á los vecinos de Roma á defender eficazmente la ciudad contra los longobardos. Su interés estaba en que ni el rey longobardo ni el exarca imperial fijasen su residencia en aquella Roma que los papas estaban ya acostumbrados á mirar como capital suya.

De esta manera el gobierno bizantino en Rávena, el papa en Roma, el rey longobardo en Pavía y sus duques en Es-

(1) *Bonifatii epistole*, núm. 38.

(2) En 7 de noviembre del mismo año murió en Utrecht el apóstol de los frisonos, San Willibrordo, á la edad de 81 años, y fué sepultado en Echternach.

(3) *Fred. cont.*, c. 110.

poletó y Benevento, encargados de guardar aquellos territorios fronterizos del imperio longobardo, seguian cada uno su política particular, contraria á los demás. Cuando el rey longobardo asediaba á Roma y el pueblo no se veía con fuerzas suficientes para rechazarlo, los papas solian antes solicitar el auxilio bizantino como súbditos del emperador; pero este recurso no podia invocarse ya desde que á consecuencia de la cuestion de los iconoclastas, los italianos se habian levantado en muchas comarcas y ciudades contra el gobierno imperial y en defensa de sus queridas imágenes habian librado batallas sangrientas contra las tropas bizantinas. El mismo Liutprando habia hecho durante algun tiempo causa comun con los italianos y por tanto, aunque indirectamente, con el papa. Verdad es que alguna vez, como veremos en la historia de los longobardos, luchó con su gente al lado del exarca contra Roma; pero al fin, dovotísimo como era, entró en buenas relaciones con el papa Gregorio II (715-731), al cual hizo donacion de muchas ciudades que habia tomado á los bizantinos y que fueron principio del poder temporal de los papas fuera de Roma. En cambio, Gregorio III (731-741) estorbó los planes y deseos del rey longobardo. Este, aunque guerrero inteligente, era amante de la paz; pero no pudo menos de usar de su derecho para reducir á la obediencia á los jefes díscolos y rebeldes, como los duques de Benevento y de Espoleto; y efectivamente, despues de mucho luchar logró hacerles prestar juramento de fidelidad.

Estando así las cosas y habiendo sido asesinado Gregorio, duque de Benevento y nieto del rey Liutprando, por los partidarios de Gottschalk, el papa Gregorio III en el año 738 se alió con los duques Trasimundo de Espoleto y Gottschalk de Benevento, los cuales le cedieron territorios ribereños del Tíber y se obligaron á defender el territorio de Roma contra su rey, prometiéndoles en cambio el papa todo su apoyo eclesiástico y material para hacerse independientes del rey longobardo. Liutprando, al ver que Trasimundo no acudia con sus fuerzas al llamamiento que le habia hecho, marchó contra él: Trasimundo huyó y se refugió en la ciudad eterna; Liutprando pidió al papa su extradicion; pero Gregorio se negó á entregarle, y el general imperial Stéfano, que estaba con su tropa en el territorio de Roma, se puso del lado del papa y del duque rebelde. Viéndose Liutprando contrariado de esta manera, procedió con gran energía, enviando á un sobrino suyo con grandes fuerzas contra las bizantinas y poniendo por su parte cerco á Roma en el año 738 (4). Entonces fué cuando Gregorio III invocó el auxilio de Carlos Martel contra Liutprando, prometiéndole el señorío sobre Roma. Desde entonces los papas, en todos sus conflictos materiales con los longobardos, acudieron en solicitud de auxilio á los sucesores de Carlos, que siendo reyes y mucho mas poderosos que su antepasado y no estando unidos ya con lazos de amistad personal con los reyes longobardos, se aliaron cada vez mas estrechamente con el pontificado, hasta que incorporaron á sus Estados el reino longobardo. Despues, habiendo una vez los nobles de Roma expulsado á un papa de la ciudad eterna, las armas francas le restauraron en su silla, se restableció en parte el imperio de Occidente, y el rey de los francos, hecho ya emperador, pudo jactarse de ser soberano tambien de Roma, aunque no habia sido éste el deseo del papa.

Como los longobardos jamás habian tenido ni sombra de marina, por cuya razon tampoco pudieron extender su dominio á toda la península, el papa pudo con seguridad enviar á Carlos sus embajadores el obispo Anastasio y el sacerdote

(4) *Paulo Diácono*, VI, 55. — *Vita Gregorii III y Vita Zacharie*, en el *Liber pontificalis* ed. Vignoli, Rome, 1724.

Sergio, que salieron por el Tíber hasta el mar, con ricos presentes, las llaves de oro del sepulcro y las cadenas de San Pedro como símbolos del protectorado del citado sepulcro bajo la condicion «pactada», dice la carta, «de que el papa abandone al emperador y conceda al príncipe Carlos el consulado de Roma.»

Indudablemente este paso del papa estaba justificado bajo diferentes conceptos, principalmente á causa de la discordia con el imperio bizantino desde la cuestion de los iconoclastas y á causa de la impotencia de aquel gobierno para proteger al papa eficazmente contra los longobardos. Sin embargo, juzgando con arreglo á estricto derecho, el papa no le tenia para ofrecer á Carlos el protectorado de Roma, del cual no podia disponer, pues la soberanía del emperador de Oriente sobre Roma y su territorio era tan reconocida é incuestionable como la que ejercia sobre toda la provincia de Italia en general; ni siquiera podia jactarse el papa de ocupar su elevado puesto por eleccion libre é independiente, porque el representante del emperador, el exarca de Rávena, tenia que aprobar ó desaprobado esta eleccion, la cual, por lo mismo, solia resultar casi siempre en favor de candidatas griegas ó sirias, y solo excepcionalmente habia sido elegido el papa Gregorio II, natural de Roma. El clero y el pueblo romano en aquella época tenian que solicitar del exarca muy humildemente, por la mediacion del arzobispo de Rávena, la aprobacion de cada eleccion, y el exarca la daba ó la negaba en nombre del emperador. No obstante, cuando Carlomagno iba á tomar por sí mismo la corona imperial del Occidente, el papa se la concedió en el año 800 con la aprobacion del pueblo romano, antes que Carlos la tomara por derecho de conquista, porque solo con el auxilio de las armas francas pudo el papa volver á la ciudad eterna y entrar otra vez en la basílica de San Pedro.

No es posible fijar las épocas ni el número de las embajadas y cartas que el papa Gregorio III envió á Carlos Martel solicitando su auxilio. La primera embajada partió en el mes de agosto del año 739, estando cercada ya Roma por los longobardos, y no en 741, como dicen los *Gesta abbat. Font.*, c. 12, cuyas fechas son, como hemos visto repetidas veces, inexactas; ni prueba nada la concordancia que ofrecen los *Anales* de Metz, que copian mucho de aquellos ó ambos utilizaron una misma fuente (1). Es de notar que el biógrafo del papa Gregorio III (2) nada dice de los ofrecimientos que este papa hizo á Carlos, pero los cita el cronista francés (3). Otros posteriores, como el de la crónica de Moissac y el de los anales de Metz, añaden que el pueblo y los magnates de Roma habian hecho á Carlos ofrecimientos en el mismo sentido, á saber: abandonar al emperador y reconocer á Carlos por señor de Roma, cosa muy posible, atendidas la influencia del papa y la irritacion de los romanos contra el emperador, cuyas tropas y capitanes peleaban no obstante por Roma con las fuerzas de Liutprando; pero tambien puede ser ésta una mera suposicion de los citados cronistas por haber unido el pueblo y la nobleza de Roma sus ruegos á los del papa en los reinados de Pipino y de Carlomagno. De

(1) *Fred. cont.*, 110, hace llegar la embajada á la corte de Carlos en Verberic (*Verimbrea*), cuando Carlos acababa de regresar de su campaña del año 739 y habia caído enfermo. En abril (el segundo mes segun el modo de contar en aquella época) habia enviado á su hermano Hildebrando con la huete franca contra los moros en Aviñon y podia estar él mismo de regreso en el mes de agosto, pudiendo entonces muy bien recibir la embajada del papa, que probablemente habia desembarcado en Marsella, ruta que debieron de tomar tambien la misma embajada y la que Carlos mandó con ella á Roma.

(2) *Vita Gregorii III*, I, c.

(3) *Fred. cont.*, c. 110.

todos modos, no se citan estos ruegos al mencionar las solicitudes posteriores del mismo papa.

Si Carlos hubiese accedido á las súplicas y excitaciones del papa, habria tenido que guerrear en Italia á la vez contra los longobardos y bizantinos y emplear durante años todas las fuerzas francas contra Pavía y Rávena, mientras los árabes amenazaban la Provenza, sin contar la traicion é ingratitud de que se habria hecho culpable para con su amigo Liutprando. Por esto se negó á los deseos del papa, á pesar de los esfuerzos de Gregorio para conmover su ánimo y excitar su devocion por un lado y su ambicion y vanidad por otro; cuanto mas que antes de entrar en una empresa tan larga, habria tenido que reunir á los francos mas notables en parlamento para consultarles (4), como se hizo despues en el reinado de Pipino, y el pueblo franco se habria mostrado ciertamente hostil á una guerra con los longobardos.

Carlos recibió, pues, á los embajadores con todos los honores debidos y envió, segun era uso, grandes presentes al papa con una carta en la cual se negaba sin duda á complacerle, porque á no haber sido así el papa lo hubiera expresado en su segunda solicitud, que envió con otra embajada á Carlos en el curso del mismo año 739. Los portadores de esta carta y de los presentes de Carlos fueron dos clérigos francos ó por lo menos germanos, Grimio, abad de Corbie, y Sigeberto, recluso de San Dionisio, que hicieron el viaje á Roma en compañía probablemente de los embajadores del papa.

No se sabe si la segunda embajada de este último fué portadora de otra carta del año 739. Esta otra carta dice que debia ser entregada á Carlos por un servidor suyo, y en 740 el papa le envió otra por un tal Anthath, servidor de Carlos tambien. La primera carta no se ha conservado, pero sí la segunda del año 739 (5), que es la que la *Crónica* de Metz y la de Moissac atribuyen erróneamente al año 741, y empieza así:

«El excesivo dolor de nuestro corazon y nuestras lágrimas nos obligan á escribir á tu excelencia, en la confianza de que serás amante hijo de Pedro, el príncipe de los apóstoles, y de nos, y que obedecerás por veneracion nuestros mandatos en defensa de la Iglesia de Dios y de su pueblo; pues ya no podemos resistir á la persecucion y opresion que nos hace sufrir el pueblo longobardo, que se ha llevado todas las ofrendas hechas para las luces del sepulcro del apóstol; sin exceptuar las hechas por vuestros antepasados y por tí. Porque hemos acudido despues de Dios á tí, los longobardos nos cubren de ignominia y nos oprimen. Por esto está despojada y en grandísima miseria la Iglesia de San Pedro. Mas detalladamente hemos confiado todos nuestros dolores para que os los comunique verbalmente al portador de ésta, tu servidor fiel. ¡Que Dios y San Pedro quieran que tú, oh hijo, pases en ésta y en la otra vida, segun tus méritos, luchando por la Iglesia y en nuestra defensa, con toda rapidez, á fin de que todos los pueblos conozcan la fidelidad, las intenciones puras y el amor que sientes por el príncipe de los apóstoles y su pueblo, á quien defenderás solícitamente, con lo cual ganarás gloria y vida imperecederas.»

Esta segunda carta tampoco produjo resultado. Carlos no hizo nada ni á favor del papa ni contra el rey longobardo, que tambien le escribió enterándole de las alianzas del papa que habian provocado el conflicto y de cuanto este último ocultaba en su carta. En setiembre del mismo año 739 levantó Liutprando el sitio de Roma y al instante el papa auxilió á

(4) Porque segun *Chron. Moissiacense*, contestó Carlos al papa: *Qua sibi et populo Francorum visa fuerunt.*

(5) Jaffé, *Memorias*, núm. 2250; id.: *Codex Carolinus*, p. 1, *Biblioth.*, IV, 14, Berlin, 1867.